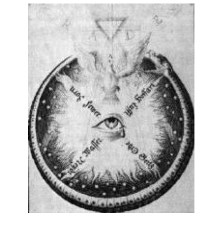



# GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

**-G.E.I.M.M.E.-**

*Fundado el 12 de Octubre de 2.003*



*Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.*
*Ministerio del Interior. España.*

# BOLETÍN INFORMATIVO
# Nº 51

*21 de Septiembre de 2.016*

## S U M A R I O


EXCELSIS DEO ET IN TERRA
G.E.I.M.M.E.

# ¿POR QUÉ QUEREMOS DESPERTAR EL RITO ESCOCÉS RECTIFICADO EN FRANCIA?

**Camille Savoire – René Wibaux – Aimé Machon**

**(Artículo publicado en Francia en la Revista "La cadena de unión" nº 8, Abril de 1935)**

[Este artículo constituye hoy un interesante documento histórico que nos muestra la situación y la tensión sufrida por Camille Savoire y los HH. que junto con él decidieron despertar el RER en Francia ya fuera de las influencias nocivas que durante algunos años tuvieron que sufrir en el seno del Gran Oriente de Francia, y cuyas causas poco han cambiado en los tiempos actuales. El contenido del comunicado hay que entenderlo en su contexto histórico y la condición masónica de aquellos a los que va dirigido, de los cuales los autores se acaban de separar.]




N° 8
AVRIL

1re ANNÉE
1934-1935

LA CHAÎNE D'UNION

REVUE MENSUELLE
DE DOCUMENTATION
ET D'INFORMATIONS MAÇ∴

SOMMAIRE

Comment et pourquoi je me suis affilié au Rite Rectifié .. .. .. — Dr CAMILLE SAVOIRE

Pourquoi voulons-nous réveiller le Rite Rectifié en France ?.. .. .. — D CAMILLE SAVOIRE, Dr RENÉ WIBAUX, AIMÉ MACHON

De la Fraternité .. .. .. .. .. .. .. — HENRI CHRÉTINAT

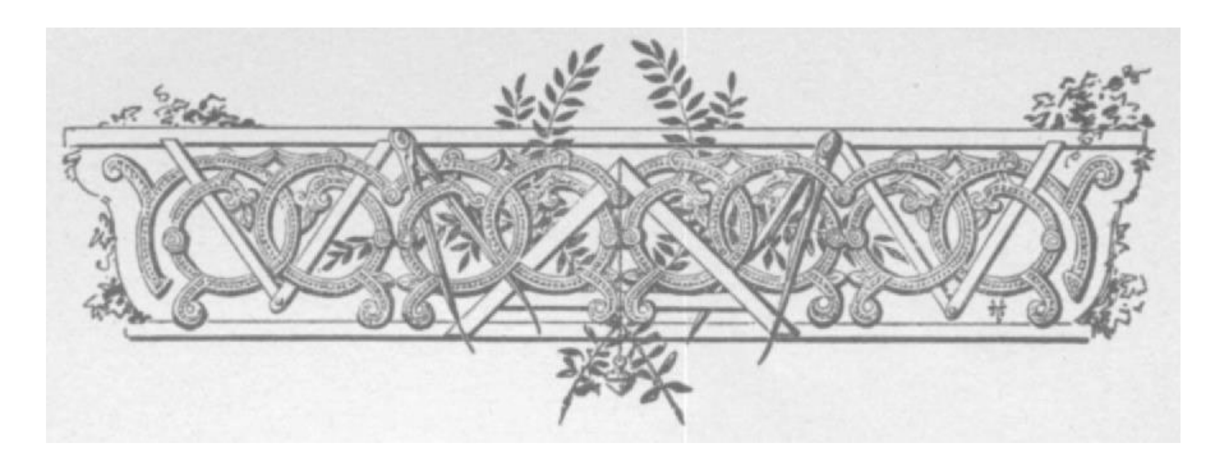
Vieilles vérités souvent oubliées.. .. — ROGER CRAMPON

La Philosophie Cartésienne et la Franc-Maçonnerie .. .. .. .. .. — EDOUARD NOVERRAZ

Informations
Livres et Revues
Courrier des Chercheurs

V. GLOTON
7, Rue Cadet, 7.
PARIS, IXe

[Recordemos que en marzo de 1935 Camille Savoire (1869-1951) decide, tras dimitir del Gran Oriente de Francia donde era desde 1923 el Gran Comendador del Colegio de los Ritos, despertar el Régimen Escocés Rectificado en Francia, apoyándose sobre el Gran Priorato Independiente de Helvetia, el cual era en esa época el único detentor de la herencia de Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824). En su última tenida en calidad de Gran Comendador señala: "*He resuelto… retirarme del Gran Oriente de Francia y recuperar así mi completa libertad de acción…*" En efecto, si la voluntad de "despertar" el Régimen Escocés Rectificado por Camille Savoire nace del deseo de volver a traer a Francia el sistema concebido por Jean-Baptiste Willermoz, este deseo incluía también la voluntad de vivir la iniciación willermoziana con completa libertad, y por este hecho de extraer el sistema de la influencia y de la dominación de las Obediencias.]



Afirmo que nuestro proyecto en absoluto va dirigido a romper los lazos de unidad del Gran Colegio con el G∴O∴o el Consejo de la Orden, ni a establecer de forma más sólida la autonomía del Gran Colegio y menos aún buscar por una vía indirecta introducir de nuevo la obligación del Símbolo del Gran Arquitecto del Universo y de la creencia en ciertos dogmas metafísicos en el G∴O∴, ni por supuesto romper la unidad del G∴O∴de Francia. Esta ruptura, si se efectúa, será como resultado de las artimañas de nuestros detractores.

Estimamos que el sufragio de 1877, confirmado por la interpretación que fue dada en la deliberación del Consejo de la Orden con fecha de 26 de Octubre de 1878, autoriza la afirmación tanto como la negación de dichas creencias y el uso facultativo de los símbolos y de las fórmulas. Lejos de nosotros el pensamiento de querer cambiar los unos y las otras obligatorias en el seno del G∴O∴de Francia. Jamás lo habríamos imaginado, puesto que no es nuestro deseo imponer la práctica del Rectificado a nadie; abrimos encantados las puertas a los Masones y profanos dignos de entrar, una vez se hayan postulado a su acceso con pleno agrado y que, sin requerimiento ni presión alguna, hayan declarado aceptar las decisiones de los Conventos de Wilhemsbad y de Lyon concernientes a la intangibilidad de las formas rituales pero no de su interpretación.

En cuanto a quienes creen que estamos guiados por un sentimiento de ambición personal, es una sospecha que no comparten los partidarios de la obra de renovación que han dado todos demasiadas pruebas de su altruismo, de su entrega a la obra y de su agnosticismo ante quien pueda cuestionarlos.

La idea que les anima es un simple sentimiento de reconocimiento y de adhesión a la Obediencia y al Rito en los que han comprendido la grandeza y la belleza cuando han sido admitidos. En lo que a mí concierne, reconozco que desde el momento de mi admisión en el seno del Rectificado he encontrado el camino de la iniciación y comprendido el carácter iniciático de la Franc-Masonería. Este sentimiento, todos los masones del G∴O∴ recibidos en el grado de C.B.C.S., sean ateos o deístas, materialistas o espiritualistas, católicos, protestantes o israelitas de origen convertidos a libre-pensadores, lo han experimentado intensamente. Han apreciado especialmente la cordialidad, la solidez de los lazos que se establece entre sus adherentes. Es por ello que han querido crear en Francia un eslabón de la Cadena de Unión Templaria Universal.

Por otra parte, han pensado que era oportuno crear en Francia, en el seno de las obediencias regulares existentes, un grupo masónico que pueda tener con las diversas obediencias extranjeras

relaciones estrechas susceptibles de crear entre ellas y la Masonería francesa, incluso con las que hay diferencias, un tratado de unión.

Se ha estimado también que la orientación política hacia la participación en la lucha de partidos, adoptada o preconizada por la mayor parte de los adeptos de las Obediencias francesas, constituyen la principal razón del ostracismo del que son objeto por parte de las Masonerías anglosajonas y, hay que decirlo también, de su reclutamiento muy a menudo defectuoso, aunque muy intenso, y de los ataques de los que son objeto en el seno del mundo profano que tiene como consecuencia el desánimo y la dimisión de numerosos Masones.

Es por lo que han querido crear un hogar masónico sustraído de toda influencia política, mantenido rigurosamente al margen de las discusiones sobre partidos políticos o de los clanes sociales y de las controversias o cuestiones candentes concernientes o relativas a las polémicas religiosas o metafísicas y especialmente a las reivindicaciones egoístas de intereses corporativos o de clases sociales.

De este modo, han querido retener en el seno de la Franc-Masonería a los HH∴deseosos por estas razones de apartarse y atraer los elementos intelectuales o sociales que la insuficiencia de intelectualidad de los trabajos o las tendencias políticas o sociales de ciertos Talleres de las obediencias francesas alejan de ellas. Recibiéndolos en su seno, la nueva organización les separará rotundamente de los adversarios de la Orden a los cuales se han asociado a menudo inconsciente o involuntariamente por las críticas o apreciaciones dubitativas o maliciosas con las que gratifican la Franc-Masonería.



Tales son los motivos que les han guiado y que han hecho justicia a su modo de ver ante los reproches de arcaísmo dirigidos a las formas rituales del Rectificado, teniendo en cuenta sobretodo que en Masonería no todo es símbolo donde la interpretación es dejada a la libre apreciación de cada uno.

Reconozco que el libre-pensador que he sido siempre no ha manifestado al entrar al Rito Rectificado ninguna reserva, ni experimentado ningún escrúpulo cuando se le ha pedido declarar que debía profesar el *espíritu del cristianismo*, sobre todo cuando el Gran Prior ha agregado: “se trata aquí del *cristianismo primitivo* resumido en la máxima: ‘ama a tu prójimo como a ti mismo’”.

En cuanto a la presencia en el Templo de un libro abierto por la primera página del Evangelio de San Juan, sobre el cual el neófito presta su promesa, jamás me sentí ofendido, pues este no constituye un texto religioso, sino un resumen muy ecléctico del esoterismo antiguo explicando el origen de la Vida en el Universo.

Siento mucha menos repugnancia al aceptar que *tradicionalmente* San Juan es el patronímico de todas las Logias masónicas simbólicas que vienen siendo designadas desde los más remotos orígenes bajo el nombre de Logias de San Juan. Es por cierto una cuestión que desarrollaré más extensamente en mi obra: Observaciones sobre el Templo, en el capítulo: “¿El espíritu masónico es compatible con el espíritu religioso?”

¿Qué queremos constituir? Un medio educativo de cultura moral y espiritual, buscando por la enseñanza mutua y el ejemplo a realizar nuestro perfeccionamiento moral e intelectual, llamando a las élites de todos los medios sociales donde las intenciones sean puras. Queremos que cada uno de nosotros, formando parte del medio que formaremos, abandone en la puerta la reivindicación de sus derechos para pensar solamente en el cumplimiento de sus deberes y principalmente trabajar en extirpar de nuestro ser todo sentimiento de egoísmo, desarrollar nuestra inteligencia, nuestra razón y en especial nuestro corazón. Es por lo que, convencidos de que es de lo alto de donde debe venir la luz iniciática, desde el reclutamiento de los miembros hasta la ascensión a la cumbre pasando por los oficios de los grados intermedios, queremos que todo sea decidido y resuelto por el consentimiento unánime de los que, habiendo llegado a la cumbre de la jerarquía, controlan todos los peldaños.

Nuestra intención es implantar sobre la nueva agrupación masónica un organismo destinado a servir de intermediario entre le medio social y nosotros para la organización de conferencias en tenidas cerradas, confiadas a algunos Maestros bien preparados y a las cuales serán invitados los profanos a los que pediremos colaboración directa o indirecta para propagar al exterior el espíritu de la verdadera Masonería a cuyo cultivo pensamos consagrarnos única e intensamente, estimando que esta tarea es suficiente para nuestra actividad y útil a nuestro país.

Nuestro objetivo es claro: algunos Franc-Masones de los que formamos parte no quieren suscribir las tendencias de exteriorización de la Franc-Masonería y su participación bajo una forma común a la lucha de partidos o de clases, ni a la propaganda política en provecho de un partido, cualquiera que este sea, preconizada por ciertos HH∴ cuyo número aumenta sin cesar. No quieren combatir estas tendencias en los Talleres creados en el seno de la Orden, en las circunstancias actuales, una agitación perjudicial a la idea masónica que suscita una reacción contra dichas tendencias, lo que seguramente dividirá a los Masones. Prefieren dejar campo libre a sus adversarios para transformar, según su deseo, sus Talleres en centros de acción política, en el sentido de que lo respetamos sin buscar conocerlo, pero que creemos, con los Masones de todos los tiempos y de todos los países, que la Franc-Masonería debe ser ajena a ello.

No obstante no deseamos abandonar el culto de un ideal al que durante mucho tiempo nos hemos vinculado, con discreción, sin ruido, creamos un centro masónico donde nos retiraremos para trabajar con total sinceridad en el objetivo más arriba indicado.

A nuestros adversarios les gustaría hacer de nuestro proyecto una agitación y una campaña que pueda en cierto modo injuriar y malversar nuestras intenciones. Nos fuerzan de este modo a salir del silencio que nos habíamos impuesto y han facilitado igualmente a ciertos Masones desear separarse de una Orden donde se sentían amenazados en sus intereses y su seguridad material, un pretexto y una ocasión para marcharse. A estos masones, no considerándolos solidarios con nosotros, los repudiamos, y la severidad de reclutamiento de nuestro grupo les imposibilitará la entrada que ciertamente no llegarán a solicitar, por muy felices que estén de salir de la arena de las luchas actuales.

“Pro Patria et humano genera per Caritatem Scientiam et Rationen”, tal será nuestra divisa.




**Camille Savoire (1869-1951)**

# SAINT-MARTIN, EL FILÓSOFO DESCONOCIDO



## *Algunos aspectos de su vida y su misticismo*

## Jacques Matter[1]

***EL DESARROLLO MARAVILLOSO DE LAS FACULTADES – LA CORONA – EL GRAN PROBLEMA DE LA CIENCIA DE LAS COSTUMBRES: SAINT-MARTIN, EJEMPLO DE PERFECCIONAMIENTO MORAL – LAS TRES REGLAS DE DESCARTES Y LAS CINCO REGLAS DE SAINT-MARTIN – LOS IDEALES AMBICIOSOS: LA UNIÓN CON DIOS Y LA PARTICIPACIÓN EN LA POTENCIA DIVINA.***



Lo que caracteriza a las almas débiles, a las inteligencias limitadas o mediocres en todas las cosas, tanto en filosofía como en religión, es el amor por lo extraordinario, el gusto por lo maravilloso y la crédula propensión a los fenómenos excepcionales. Es justo lo contrario de las razones poderosas, de las inteligencias fuertes, que siempre se elevan hacia la ley reguladora y la causa determinante. Saint-Martin, respecto a ello, se mantiene en la vía natural de su espíritu, el sabio camino del medio. Cree en lo extraordinario en general, desconfía del detalle. Y, en ese maravilloso conjunto que la tradición mística lleva en su seno, siempre es al desarrollo de las facultades intelectuales y morales a las que se apega, a su elevación y a su transformación por las luces de la ciencia y de la gracia.

Pero, en esos límites, desarrolla un amplio recorrido. Mantiene ese doble principio por el que sólo se llega a los altos conocimientos de la teosofía con cierta medida de inteligencia, y esos estudios brindan a nuestras facultades una apertura extraordinaria. No cree que un espíritu limitado se pueda aventurar en su interior, ni que un profano esté entrenado para ello. Su preocupación a este respecto es tal, que escribe a su amigo que emplea una secretaria: «¿Tiene usted la medida de la inteligencia de esa mano ajena para emplearla...? ¿Y cree usted poder hacer que participe, sin inconvenientes, en las maravillas que nos ocupan a ambos? »

Sus preocupaciones y estudios mutuos eran pues maravillas, incluso a sus ojos.

[1] Obra publicada en 1862 en París, Librería Académica Didier et C^ie^, donde J. Matter (Consejero Honorífico de la Universidad de Francia), analiza la vida y la Obra del Filósofo Desconocido desde su condición de académico, aportando algunos documentos inéditos en la época. El texto publicado aquí corresponde a los Capítulos XXVIII y XXX (no se incluye el XXIX).

Así lo pensaba, en efecto. La ciencia divina, la que recibió por los escritos de Boehme, le dio, decía, «no sólo lo que da el estudio místico de los números, es decir la e*tiqueta de la bolsa*, sino también la misma sustancia de todas las operaciones divinas, de todos los testamentos del Espíritu de Dios, de la historia del hombre en todos sus grados primitivos, actuales y futuros » (Carta del 29 de mesidor de 1795).

¿No es eso una ciencia muy vasta, muy inmensa y realmente maravillosa? Y ¿no es necesario que el misticismo dé a las facultades intelectuales un desarrollo extraordinario, demasiado fuera de lo común, para que alcancen ese grado de iluminación? ¿Quién no se haría iniciar, si la iniciación pudiera dar a cada uno lo que poseía en verdad Saint-Martin, y lo que atribuye a Boehme? Puesto que, ¡entendámoslo bien!, a su modo de ver, ya no se trata de las luces de una inteligencia humana: declara *divina* la inteligencia de su maestro. No es, pues, a un simple y natural desarrollo de su espíritu por un maestro muy sabio de orden humano, aunque fuera incluso del grado más elevado, a quien atribuye su estado de iluminación, sino a una verdadera elevación por encima de ese nivel; y si no es a una completa transformación de sus facultades, es al menos a una enseñanza impartida por un maestro divino. Sin embargo, no cree que cualquiera pueda ver en los escritos de ese maestro lo que a él le fue concedido encontrar en ellos.

Puesto que, destaquémoslo bien, aquí hay más que lo que un hombre puede dar a otro hombre, y nos referimos al aspecto esencial de la doctrina. Ningún hombre da nada, la iniciación no da nada: porque los hombres no se dan nada. Todo viene de Dios, y no forzamos ni arrebatamos nada, todo nos es dado. La Sabiduría, Sofía, Dios mismo, vienen a establecerse en nosotros sólo en la medida en que nosotros somos dignos de ser su morada y recibir su presencia, pero su presencia es una gracia pura.

A esto, si no me equivoco, esa presencia que es vida, fuerza y luz divina, Saint-Martin le otorga los nombres más dulces y magníficos: lo llama el *sensible interior*, cuando estamos en el principio, y el *signo de nuestra realeza* o *la corona*, cuando la poseamos completamente.

Al último término le debemos prestar atención. Saint-Martin habla, en una de sus cartas a Liebisdorf, de una persona que deja adivinar fácilmente, quien ha conseguido *la corona.* Ante esa palabra, su discípulo, quien a su vez alababa mucho los gozos, digamos mejor, las mismas delicias que le proporcionaba el *sensible visible* (porque no somos más proclives al sensualismo que ese adepto, lo he comentado antes), ante esa palabra, decía, el discípulo viene enseguida a asaltar al maestro con preguntas muy diversas.

«Hábleme más, se lo ruego, de esa persona y de su estado; ¿el sensible interior fue acompañado por lo sensible visible desde los años de su primer desarrollo? Dígame también, por favor, ¿cómo esta persona alcanzó esa corona? El origen era, sin duda, el aniquilamiento. Esa nada, ¿no ha sido llevada a la representación del placer ligado a la visión interior? De esa representación, solo hay un paso a querer gozar de ese placer; ese querer habrá engendrado deseos, y los deseos habrán producido formas. Todo eso merece no sólo la atención de

aquéllos que reflexionan sobre esa materia, sino también el reconocimiento de la persona que disfruta de este favor».

Las respuestas más sensatas, y sobre todo las que son legítimamente evasivas, no reducen al preguntón al silencio, ni siquiera a la discreción. Vuelve al mismo tema el 10 de octubre del mismo año.

«Lo que usted me comentó de la corona me dejó marcado e hizo nacer en mí el deseo de aprender por qué camino la persona de la que me habla usted ha logrado poseer ese tesoro. ¿Era la voluntad fuerte y permanente de conseguir ese favor, o el abandono sin ningún tipo de voluntad la que se lo proporcionó?»

Esta vez Saint-Martin responde categóricamente:

«Usted vuelve al origen de la corona. No es la voluntad determinante de obtenerla, porque seguramente la persona ni siquiera sabría de su existencia; no diré tampoco que fuese el abandono sin ninguna otra voluntad, porque toda su vida esta persona tuvo un profundo deseo del abismo, y siempre puso a Dios por encima de todo; pero le remito a la primera página de mi carta, y le recuerdo que es una fructificación natural. En esa persona lo sensible interior estuvo mucho tiempo antes del sensible invisible; pero aumentó desde entonces, y crece todos los días para ella. Se espera, antes de morir, un desarrollo más importante aún. ¡Hágase la voluntad de Dios! *Amen*».



Es, pues, en la conquista de *esa corona* donde yace la ciencia y yace la gloria de Saint-Martin; es el gran secreto, todo el secreto de su vida interior.

¿Y cómo consiguió su corona? Sin duda por la gracia; pero esa gracia no vino a coronar sino lo que era digno de serlo, lo que estaba preparado para recibirla.

Ahora bien, la preparación se hizo por todo ese conjunto de estudios y de trabajos, de aspiraciones y de sentimientos, de amor a las cosas supremas y obras incesantes que la filosofía llama el perfeccionamiento moral, que la religión cristiana llama *la vida en Dios*, pero que la teosofía, con cierta sutileza, llama *la vida de Dios en nosotros.*

Es lo que Saint-Martin llama la vida verdadera, la única que merece nuestra atención. Y, bajo este punto de vista, Saint-Martin es uno de los ejemplos más curiosos por estudiar. Al menos es el más curioso, si es que no es el más completo de entre todos aquéllos que presenta la historia contemporánea. Contemporáneo de tres pensadores más eminentes que él, los tres muy distinguidos en la vía del perfeccionamiento moral, los tres aplicados muy en serio y sinceramente atentos a la vida interior, entiéndase Maine de Biran, Royer-Collard y de Gérando (cuya biografía completa queda por hacer), se puso por encima de los tres en un grado que lo coloca aparte. Sin duda, cada uno de esos hombres eminentes tuvo un brillo más vivo que él; pero, por muy superiores que fuesen a él, bien en la especulación metafísica, bien

en el conocimiento de los sistemas, sus ideales éticos eran muy inferiores a los suyos, quiero decir mucho menos ambiciosos. No se puede por lo tanto comparar a ninguno de ellos con Saint-Martin bajo esa consideración, y, en los tiempos modernos, como no hay vida comparable a la suya, que lleva la marca de un modelo, no debemos descuidar sacar todas las instrucciones o incluso soluciones que da. Es cierto que no quiero plantear sobre ese tema, y de forma completa, el difícil problema, a saber: *¿Cuál es el origen de que nuestra moral, la de la especie humana, sea tan bella, y la moralidad tan imperfecta?* Pero quiero, al menos, dejar caer sobre ese problema, el más alto de la filosofía de las costumbres, todas las luces que presenta la vida del ilustre místico. Cuando un pensador tan brillante y tan sincero ha dedicado su existencia a solucionar en la práctica un problema; cuando el mismo procuró indicarnos, en unas notas escritas con una rara rectitud, el trabajo que hizo y los medios que utilizó; cuando ha esbozado sus mayores proyectos y confesado sus mayores caídas, proclamado todos sus ideales y censurado todas sus imperfecciones, lo menos que se debe hacer es apoderarse de tal modelo y tomarlo, si no en toda su riqueza y profundidad, al menos en sus grandes aspiraciones. Éste es nuestro deseo.

Hay un punto que domina esa vida y que se debe establecer bien como punto de partida, al igual que se debe volver a él al final; es el punto luminoso de la vida humana, estrella de la mañana, sol del día y luminaria de la noche: es esa verdad, a la vez humilde y sublime, de que la ciencia no es una meta, sólo es un medio. Esa verdad, nadie mejor que Saint-Martin la tomó por guía. Toda su ciencia, toda su teosofía no es más que el medio de su vida moral, y la vida moral misma, sólo la preparación a la iluminación divina. La sabiduría se encuentra en la única escuela del perfeccionamiento ético, y nadie tiene luces si no va a buscarlas allí: nadie sabe una palabra verdadera sobre la vida humana, si no pone la suya al servicio de su creador; no somos nada, si no tenemos a Dios, y nadie tiene a Dios, si no sirve para nada a Dios.

He aquí los principios de todo lo que piensa y quiere Saint-Martin, el comienzo y el final de sus aspiraciones.

Saint-Martin no es moralista de profesión y, si se me permite la palabra, diré que se ocupó de la moral como tantos otros pensadores muy religiosos: miró lo que nosotros llamamos la ciencia de las costumbres como una cosa muy simple, dada por la religión, desprovista de principios propios y consecuencias independientes del dogma. Sembró un gran número de bonitos pensamientos y formuló algunas santas máximas; pero no pensó más que Maine de Biran, Royer-Collard o de Gérando, en esbozar una doctrina. De su opinión sobre que la moral está hecha por la religión, que no es sino la religión aplicada, resultó que las máximas formuladas en su horizonte limitado no ofrecieron sino el carácter de estrechez o de dependencia que nos sorprende tan justamente en las famosas reglas de Descartes. Sin embargo, la diferencia es grande entre las fórmulas de los dos oficiales de infantería filosofando en los ocios del servicio a ciento cincuenta años de intervalo. Las tres máximas del *Discurso del Método* son de 1637; las reglas de Saint-Martin deben ser de 1771-1775. Descartes, que es apremiado por otros objetos de meditación, y quiere hacerse su propia moral en su tiempo y lugar, estudiar los elementos de la ciencia y no aceptar sino lo que haya sufrido la prueba de la razón, adopta las

máximas provisionales y de simple sentido común. Saint-Martin, no es ni tan ambicioso en cuanto al porvenir, ni tan modesto en cuanto al presente. No tiene nada que hacer con lo provisional ni con un análisis; desde el principio, *encontró* o más bien *recibió*.

«Desde los primeros pasos que di en la carrera que me absorbió por completo, me dije, o tendré la cosa en grande, o no la tendré; y desde ese momento he tenido varias razones para creer que ese movimiento no fue erróneo» (*Retrato*, 32).

Está claro; y si las máximas del teósofo le inspiran una confianza absoluta, es por la misma razón de que no son su obra, que le fueron dadas por «la buena vía». Por lo tanto, probó tanto la excelencia que jamás tuvo que olvidarla, nos dice. Y son bonitas e importantes, en efecto; sólo que, a primera vista, parecen algo extrañas algunas, poco comunes otras, y todas presentadas sin método.

La primera está formulada así: «Si, en presencia de un hombre honesto, algún ausente es ofendido, el hombre honesto se convierte en su representante por derecho».

La segunda: «Pórtate bien; eso te instruirá más en la sabiduría y en la moral que todos los libros que tratan de ello, puesto que la sabiduría y la moral son virtudes activas»; parece presentar una especie de incongruencia al pedir que nos portemos bien antes de haber aprendido el arte de portarse bien.

La tercera puerta: «Sería un gran servicio que hacer a los hombres el prohibirles universalmente la palabra, puesto que es por esta vía por donde la abominación los embriaga y los engulle vivos».

La cuarta parece un dogma de gobierno providencial más que un precepto moral: «El sendero de la vida humana está lleno de tribulaciones que se van relevando de lugar en lugar, y donde cada uno de ellos no nos deja hasta habernos llevado a la siguiente estación, para estar sujetos a una nueva tribulación».

La última, finalmente, es un precepto de conducta, pero de conducta en alto misticismo y un poco por encima del alcance del vulgo: «No hay que ir al desierto, a menos que sea el espíritu quien nos empuje, sin que no esté obligado a defendernos de las tentaciones»; es decir, no hay que retirarse del mundo mientras nos sostenga y no estemos bajo la disciplina de otro espíritu que el del mundo.

A primera vista, decíamos, estas cinco proposiciones, de las que ninguna parece tocar a los principios, son tan impropias para guiar al hombre como las reglas provisionales de Descartes, que tuvieron tan poco alcance que apena recibirlas de tal portavoz; pero, vistas de cerca y tomadas en su verdadero alcance, revelan un pensador tan metódico como elevado.

En efecto, he aquí cómo nos enseña él mismo a traducir su pequeño código:

1) Eres hombre, no olvides jamás que representas la dignidad humana; respeta y haz que se respete siempre la nobleza: es tu misión más general y más alta sobre la tierra.

2) Es en ti, en la luz que irradia en tu ser, imagen de Dios, no es en los libros, que solo son imágenes del hombre, donde está la norma de tu vida.

3) Vela sobre esta luz, y no sufras porque se disipe en vanas palabras. Quien vela con severidad sobre su palabra, vela sobre su pensamiento; quien vela sobre su pensamiento, vela sobre sus afectos; y quien vela así, gobierna bien su persona.

4) Quien se gobierna bien, se deja llevar por Aquél que lo guía todo y conduce nuestra alma purificándola en el sufrimiento de lo que tiene de impuro, fortaleciéndola en sus debilidades por el ejercicio de combates incesantes, empujándonos de relevo en relevo hasta que la carrera de las pruebas sea cumplida.

5) Nos hace triunfar en el mismo seno de las tentaciones y por ellas; ellas son el más vivo de sus medios en este mundo donde se encuentran enfrentados dos órdenes de cosas y dos órdenes de atracciones. Sucumbimos a las seducciones del mal cuando seguimos nuestras propias inclinaciones, las cuales son egoístas y sensuales; elegimos otra cosa y somos vencedores cuando es el Espíritu divino el que nos conduce.



Este código es esencialmente místico, pero no obstante ofrece un encadenamiento de pensamientos muy lógicos. No ha lugar a equivocarse, ni sobre su alto alcance, ni sobre el valor que le concede el teósofo. Muy diferente en esto de Descartes, el émulo de Rousseau vuelve sin cesar a las reglas «que le fueron dadas, que *recibió* por la buena vía». Las pone de manifiesto bajo mil formas nuevas y, ya sea para aclararlas, ya sea para imprimirlas con el sello de una irrecusable autoridad, junta su vida con su palabra. Su célebre compatriota, a quien le gustaba citar como tal y como creador de doctrinas, no desarrolló en absoluto sus máximas de moral con tanto cuidado, puesto que, piense lo que piense el mismo Descartes, las tres *reglas para asegurarse la felicidad*, que da a la princesa Elisabeta, en 1645, sólo tienen un punto en común con las máximas provisionales del *Discurso del método*. «Procurar saber lo que se debe hacer; hacer lo que quiere la razón; no desear los bienes que no se puede tener», he aquí las que recomienda a la princesa. - «Cumplir con las leyes, con la religión y con las opiniones recibidas; ser firme en los propósitos, incluso cuando se siguen opiniones dudosas; procurar vencerse a sí mismo en vez de a la fortuna», éstas son del *Método*, que se publicó en 1637. Está permitido decir, primero, que esos consejos se parecen algo; luego, que son tópicos a los cuales su autor jamás pudo conceder un valor serio. Lo que lo demuestra es «que le parece prudente guiarse más bien por aquéllos con los que a él le gustaba vivir, aunque entre los Persas y los Chinos pudiera haber algunos más sensatos».

No es posible hacerse una moral más cómoda y a la vez más modesta. La de Saint-Martin, al contrario, es muy alta, y diré con agrado muy ambiciosa. Los místicos, a los que Maine de Biran sigue sobre este asunto, distinguen en la naturaleza humana una vida triple: la vida animal, la vida psíquica y la vida divina. Es a ésta, que está lejos de limitarse a la moral social, a la opinión de los más sensatos sobre lo que está bien o mal, a la que se apega Saint-Martin. Digámoslo, es ésta la verdad; puesto que para todo el mundo está allí, no está en ninguna otra parte para nadie. Para él, esta moral celeste es la hija legítima de su metafísica. «Allí donde está Dios -dijo-, debe reinar (Ver el *Cuadro natural*). Ahora bien, está aún más en el hombre que en el mundo; debe pues reinar de una manera aún más sensible de lo que reina en la naturaleza. También está en ella, y todo lo que viene de un Principio superior refleja este principio y devuelve su imagen como un espejo; pero el mundo ofrece de su principio una imagen menos perfecta de la que ofrece el hombre. Y afortunadamente para él; porque sin ello, al no tener razón de ser, no existiría. Su razón de ser es su misión de revelar completamente su principio. Éste es también su privilegio. Conteniendo a Dios mejor de lo que lo contiene el mundo, no debe pedírselo a éste. Y es por eso que ningún argumento extraído de la naturaleza tiene el poder de demostrar a Dios al hombre. Así, pues, el hombre no tiene nada que hacer con una demostración tan externa; la mejor de todas, la lleva en su interior: es del modelo de Dios de donde ha emanado».



En efecto, Saint-Martin enseña, un poco como Malebranche, que tiene demasiado parecido para ignorar la presencia o la inmanencia del pensamiento divino en el pensamiento humano; pero no llega, como el panteísmo de Alemania, a identificar la consciencia divina con la consciencia humana. Ya dije que Saint-Martin tuvo a veces sorprendentes coincidencias con Schelling, pero no son préstamos hechos por uno de los pensadores contemporáneos al otro. El teósofo francés hubiera podido conocer los escritos publicados en el periodo panteísta del filósofo alemán, puesto que este periodo coincidía con el periodo en que Saint-Martin aprendía alemán en Estrasburgo, pero esos aires de analogía se explican de otra manera: o por la fuente común en la que ambos pensadores bebieron, los escritos de Jacob Boehme, por los cuales Schelling acaba compartiendo el entusiasmo de Saint-Martin, o por esta comunidad de ideas que forma, por así decirlo, la atmósfera espiritual de algunas épocas de la humanidad.

Sea lo que fuere de esos encuentros, Saint-Martin no es panteísta. No admite en el pensamiento humano más que una presencia muy débil del pensamiento divino y si es sabio no dejarse engañar además por unos artificios del lenguaje, es sabio aquí también no engañarse a sí mismo por las torpezas de estilo. Saint-Martin tiene unas torpezas, pero son escasas; y cuando está despierto, distingue tan bien entre los dos pensamientos, el de Dios y el del hombre, que dice que el de Dios es poco sensible en el hombre, y éste muy proclive a buscarlo en el mundo material. Y la razón que da es que la relación primitiva entre Dios y el hombre se ha alterado. La alteración es tal, dice, que tomamos con gusto el mundo material por lo único real. Sin embargo, el mundo espiritual no se nos cierra en absoluto. Lejos de eso, para que la primitiva armonía se restablezca entre Dios y el hombre, para nosotros sólo se trata de entrar en las vías de la regeneración que nos son abiertas por la manifestación de la vida divina en la persona de aquél que, Hijo de Dios, se ha convertido en el arquetipo supremo

de la humanidad. Hacer nuestra vida conforme a este arquetipo y, por lo que respecta a algunas obras, ir incluso más allá, en virtud de ciertos dones; en todo caso, entrar por el renacimiento espiritual en posesión de nuestra grandeza primitiva: he aquí el ideal moral al que todos debemos aspirar. Y todos podemos lograrlo. Pese a la caída, la grandeza que queda en el hombre es probada por el hecho de *que tiene todavía un espíritu*. Sólo tendrá que entrar pues en su relación normal con su principio para elevarse hacia lo alto, muy alto: para ver a Dios espiritualmente y para volver a la naturaleza entera en su verdadera luz. Pero eso no es todo. Conocer su principio lleva a la unión con él y la unión lleva a la acción común. Es la finalidad del hombre llegar hasta allí. Para estar capacitado para actuar como su principio sólo tiene que desearlo, obtenerlo por sus deseos y por sus aspiraciones, los cuales son grandes fuerzas, ese punto esencial, a saber que la voluntad divina, que es la potencia divina, se una a su voluntad. Ahora bien, lo hará, y participará de las obras y de las fuerzas, incluso de los atributos supremos. En la medida en que la voluntad divina opere en el hombre, imagen de Dios, está autorizado a decir que esa voluntad le hace participar de su poder. Es esa la llave de toda la antropología de Saint-Martin: el hombre es como una planta de la que Dios es la sabia y la vida.

Esta opinión puede ser combatida; pero es una de esas figuras que se encuentran en los místicos más admirados. Es verdad que la encontramos también en algunos de los autores más proclives al panteísmo. Bajo la pluma de Saint-Martin no es realmente más que una expresión de una gran ambición, y solo revela un ideal desmedido: quiere unirse con Dios y dejar el pensamiento divino reinar en el suyo, como en el arbusto reina la sabia que lo vivifica. Ésta es su metáfora, expresión fiel de la metafísica, pero expresión inocente; puesto que, pese a la alta ambición que demuestra, Saint-Martin quiere tan poco ser Dios que, más bien al contrario, quiere pertenecer a Dios. Quiere ser uno de sus santos, lo cual solo es una aspiración legítima, puesto que debe ser la de todo el mundo.

Pero, en cuanto a ésta, la profesa muy alto, la expresa abiertamente. Teme quedarse sólo en un *semi-elegido*, quiere ser un *santo*, y eso sin pasar por ingenuo. «Las personas del mundo, dice, creen que no se puede ser santo sin ser ingenuo. No saben, muy al contrario, que la única y verdadera manera de no ser ingenuo es ser un santo» (*Retrato*, 980). El santo solo puede estar en la verdad; en vez de tener que buscar a Dios, sin tener la seguridad de encontrarlo, tiene la seguridad de que es Dios quien lo busca y sabrá encontrarlo a él.

Saint-Martin tuvo la suerte de ser encontrado y escogido. «Dios es celoso del hombre, dijo: me di cuenta de que lo era de mí como de todos mis semejantes, y esperaba, para formar una alianza completa conmigo, que hubiese roto con todos los rivales que ocupaban todavía mi alma, mi corazón y mi espíritu».

Completemos este bonito pensamiento en el sentido del noble pensador.

Si Dios es celoso de nosotros, es que nos ha hecho para él y nos necesita, no sólo para ser amado, adorado y glorificado en el universo, sino también y sobre todo para ser ayudado por

nosotros, ayudado en la realización de sus supremos designios; puesto que es poco servir a Dios, hay que servir a Dios, ya que nos ha elegido para ser sus instrumentos. Somos los obreros de su pensamiento en la fracción del mundo donde fijó nuestra morada, y en el seno de las criaturas inmortales que nos da por compañeras.

«Escucho a menudo en el mundo hablar de *servir a Dios*, decía Saint-Martin, pero apenas escucho hablar de *servir a Dios,* puesto que muy pocos saben lo que esto significa».

¿Pero cómo serviremos a Dios?

Un modelo nos es dado en la gran manifestación del Hijo de Dios; pero ésta ¿no es única? Sin duda; sólo que gracias a ella, la identificación de nuestra voluntad con la de Dios y nuestra participación en su poder son tan íntimas y tan maravillosas, que «cada persona, desde la venida del Cristo, puede, según su propio don, ir más lejos que el Cristo» (*Retrato*, 1123).

Para apoyar esta doctrina, de un atrevimiento demasiado evidente, Saint-Martin cita un texto sagrado que no lo avala, pero que no discuto, limitándome a señalarlo por este último rasgo, el singular ideal que el filósofo religioso quiere realizar en su vida. Es muy bonita la magnífica misión que concede al hombre en el universo, porque la sitúa menos *del lado de Dios* o al servicio *de Dios que con Dios*.

No es posible ir más allá.



***LA SANA TEORÍA DE LA PERFECCIÓN HUMANA – LAS LUCES EN LA VIDA DE SAINT-MARTIN – SU HUMILDAD – SU FRANQUEZA – SU DESAPEGO – LA PASIÓN POR DIOS – LA AÑORANZA – LA PAZ.***

Para llegar a una sana apreciación de conjunto de la vida de Saint-Martin, tenemos que explicarnos muy claramente sobre un punto muy delicado, la más grande y singular de todas nuestras aberraciones, entiendo una falsa concepción de la moral y de la moralidad.

Existe una concepción doblemente falsa de la ciencia de las costumbres, así como lo demuestran claramente un hecho universal y un principio irrefutable.

Helo aquí:

Por muy completo que pueda ser algún día el desarrollo de nuestras facultades, por muy perfecto que sea su uso en el seno de la humanidad, jamás veremos al *hombre*, sólo veremos a *hombres*, a individualidades de una variedad infinita, que ofrecen por todas partes un número ilimitado de matices, pero de los que ninguno será la perfección, es decir, el estado de armonía perfecta según la ley prescrita a la humanidad.

Ésta es una de las más grandes maravillas, pero también de los más grandes enigmas de la vida.

En efecto, esto equivale a la demostración de la imposibilidad para nuestra moralidad de alcanzar en algún momento la moral en su carrera, o de andar acompasado con ella. Ahora bien, una moral que no está hecha para ser alcanzada y sin embargo tiene la pretensión de ser obligatoria, ¿no es esencialmente una concepción falsa?

He aquí ahora el principio: La imputación no es únicamente por la voluntad, sino también por los medios.

Ahora bien, también desde ese punto de vista nuestra moral, tal como es concebida generalmente, parece ser un gran error, un error admirable sin duda en apariencia, pero en el fondo tan inadmisible por nuestra especie como ambiciosa por su parte.

En efecto, la especie humana se cree obligada de una manera absoluta a una ley absoluta, que es la del universo, por la razón de que solo puede haber una, pero que, siendo aplicable en su proporción completa a los seres más privilegiados, no lo es a todos los demás sino en proporción a sus medios. Ahora bien, la escasez de nuestros medios está demostrada por la imposibilidad de cumplir la ley completa, y la desproporción de nuestras facultades de realización con nuestras facultades de concepción es segura. ¿Sería, pues, al mismo tiempo, nuestro deber concebir lo ideal, y nuestra razón resignarnos a quedarnos por debajo? Si es glorioso aspirar a lo más alto, es insensato pretender alcanzarlo: ningún ser debe querer salir de su clase y pretender cumplir completamente una norma que no está hecha para él sino en sentido limitado. Ahora bien, es de sana razón admitir que no somos los seres morales más perfectos, y que los hay superiores al hombre en la inmensidad del universo. Pues bien, esos mismos seres privilegiados, al estar obligados a cumplir sólo la ley universal, porque no hay otra, ¿cómo nosotros, que somos inferiores a ellos, estaríamos obligados a cumplirla en el mismo grado que ellos? La imputación, en el mundo moral completo, estando en proporción a los medios - y lo contrario implicaría -, ¿cómo la que pesa sobre nosotros sería la única excepción y sería superior a nuestras fuerzas?

Ésta es, sin embargo, la pretensión de nuestra moral.

Y ese no es aún su error más grande; porque, en sus exageraciones, no se limita a asimilarnos a los seres superiores únicamente, nos prescribe la perfección divina. Ahora bien, querer, bajo un punto de vista cualquiera, igualar al hombre con Dios, es evidentemente confundir lo finito con lo infinito, y engañarse de buen grado.

Dicho esto, ¿podemos concluir legítimamente:

1. Que durante demasiado tiempo ¿la moral humana fue utópica?

2. Que, al no haber podido ser practicada o jamás alcanzada realmente por la moralidad en su vuelo ambicioso y en sus ideales puros, al no poder serlo en ningún tiempo por ningún hombre, ¿ha llegado el momento para la humanidad de renunciar a sus aspiraciones ícaras?

3. Que deben darse por fin unas teorías hechas a su medida o proporcionadas a sus medios.

4. Que a partir del día en que lo haya hecho, o bien nuestra moralidad en todos será igual a nuestra moral, o bien todos nos sentiremos responsables en serio de la diferencia que la suya pueda presentar con la que está hecha para todos.

No lo creo. Porque si es la verdad misma la que habla en los hechos y en las consideraciones que acabamos de presentar en lo que concierne al grado de perfección que conviene exigir del hombre, ya no es ella quien habla en las conclusiones que se pretende sacar. Al contrario, en vez de rebajar la moral, hay que adecuarla con la moralidad que nos es posible alcanzar, es decir, elevar ésta a nivel de la moral concebida en los límites que permiten nuestras facultades y que, por eso mismo, indican que quieren ser alcanzados y deben serlo.

Sin duda alguna, la perfección de un ser finito no es en absoluto la del Ser infinito. Existe una perfección absoluta y una perfección relativa. Ninguno de nosotros puede, sin una inconsecuencia extrema, aspirar a aquélla, ni, sin una abdicación culpable de cobardía, renunciar a ésta; pero la perfección relativa o humana es exigible a todos. Sea cual sea la infranqueable distancia entre lo finito y lo infinito, en el mundo moral existen tres verdades fundamentales que lo constituyen y son evidencias: la primera, es que tiene una ley; la segunda, es que no puede haber más que una; la tercera, es que, en la santidad del Ser infinito, la moralidad de todos los demás encuentra su modelo supremo. He aquí lo que requiere la razón, puesto que nos dice que Dios es el Bien, y lo que la revelación, que es la razón suprema, exige cuando nos dice: Sed perfectos como Dio mismo es perfecto. Seguramente eso no quiere decir sed iguales a Dios; sino que quiere decir: Del mismo modo que estáis hechos a imagen de Dios, coged su imagen por modelo de vuestra perfección. Y en efecto, la naturaleza humana tiene su modelo en la perfección absoluta, pero tiene su perfección propia. No es ni la de Dios ni la de los ángeles, es *sui generis,* es humana; y, en virtud de la naturaleza humana y de sus medios, es muy compatible con cualidades que pueden ser imperfecciones reales desde el punto de vista absoluto. A los ojos de la moral, el hombre es perfecto cuando, con unas luces incluso imperfectas y unos medios limitados, en medio de una civilización defectuosa, ha hecho lo que ha podido. Y nadie, ni siquiera el utópico, tiene derecho a exigir de él lo que ni Dios ni la razón exigen de él, lo imposible.

Quizás sea porque los utópicos, al pedir lo imposible, nos alteran, y por eso no practicamos lo posible. Saint-Martin, por ejemplo, falló en la perfección humana tal y como acabamos de definirla, sólo por haber querido la perfección divina. Desde este punto de vista práctico, nuestro juicio sobre la moralidad del célebre místico será muy diferente puesto que todas las

faltas que hemos observado en su vida dependen de un simple error de la inteligencia, de una concepción incompleta del ideal ético. Y éste surgió a su vez de la falsa dirección que el mismo joven imprimió a sus estudios a raíz de sus prevenciones sobre la ciencia. La ciencia de los filósofos le es sospechosa; no puede proporcionarle la verdad que anhela, y queriéndola por encima de cualquier otra cosa la pide, a los veintidós años, a la teosofía. Creyéndose, con ello, en posesión de una ciencia divina, esa ciencia humana de la que alardea haber rechazado pronto las explicaciones, solo obtiene sus compasiones, su menosprecio.

Esta equivocación, y las que surgen de ello, son graves. El desprecio de las luces racionales, las cuales son nuestros guías más personales y más legítimos, se castiga rigurosamente en el destino especulativo o práctico del alma; y debemos reconocer esta vindicta suprema en el destino del filósofo. Estaríamos equivocados queriendo disimular esta falta por una especie de culto por Saint-Martin y sus tendencias. Si nuestros juicios son voluntariamente severos ante la incredulidad y el ateísmo, de los cuales sospechamos fácilmente que traicionan la moral, no nos mostramos fáciles ante la superstición y la credulidad. Estos excesos son grandes y provocan violenta intolerancia y exclusiva barbarie tanto los unos como los otros. Pero tengamos en cuenta al joven teniente de infantería por el empeño serio que concede a la búsqueda de las cosas superiores, y honremos la consagración solícita que hace de todas sus facultades a esa gran búsqueda.

Tengamos en cuenta, sobre todo, el buen juicio con el que escapa pronto de la teúrgia y de la magia, de las operaciones y de los misterios de las sociedades secretas menos dignas de encadenarle; de la enérgica independencia con la que pasa a la meditación y al estudio de obras demasiado místicas aún, es cierto, pero al menos conocidas y confesables. ¡Oh! sin duda, nos gustaría mejor que en lugar de ir sólo de Martínez y de Swedenborg a Jacob Boehme, hubiese vuelto a Descartes y a Bacon, sus primeros amigos, o al menos a Malebranche y a Fénelon, unos guías más seguros que los que buscó tan lejos, y que continuaban en él mejor la obra comenzada en el colegio con Abbadie; pero no exijamos de un místico que no sea él mismo, y no neguemos los atractivos serios que presentan la elevación y la profundidad de las especulaciones teológicas o cosmológicas de Boehme. Pese a todos los errores de ciencia y de razonamiento, todas las oscuridades de pensamiento y las extrañezas de estilo que envuelven sus especulaciones, siguen gustando hoy en día a las más grandes escuelas de Alemania, a las de Schelling, de Baader y de Feuerbach, es decir a los más independientes que se pueda pensar. Y puesto que uno de los más sabios de los tres filósofos que acabamos de nombrar, el Señor de Baader, en su entusiasmo por el teósofo de Goerlitz, llega a comentar a su vez los escritos de Saint-Martin, el teósofo de Amboise debe parecer justificado, incluso a los ojos de los más delicados, de haberse convertido en el traductor de Boehme. Añadamos, para los más difíciles, que en la situación en la que se encontraban entonces nuestras escuelas y nuestras doctrinas, un dogmatismo tan lleno de opiniones originales y que invitaba a profundas meditaciones, aparecía entre nosotros como si fuese un poder saludable. Cuando se consideran todos los sacrificios que se impuso el noble traductor para poder imprimir su trabajo a pesar de sus escasos ingresos, no sabríamos admirar lo suficiente la descomunal dedicación a una causa abandonada; y, no lo neguemos, es un mérito

real de parte de Saint-Martin el habernos ofrecido, en una versión en todo caso más lúcida que la original, las brillantes especulaciones del más grande de los místicos modernos. Su traducción, es verdad, no tuvo un gran éxito; pero el éxito no cambia nada, la moralidad está en otra parte, y la prueba de que Boehme traducido atrajo la atención de algunos de nuestros maestros en filosofía está en los textos de Maine de Biran, quien es un ejemplo de moralidad religiosa a su vez, y que no duda en admitir la idea fundamental de la triple vida que Boehme distingue en su mística antropología.

Podemos cuestionar desde un punto de vista moral el culto excesivo que Saint-Martin profesó por el misticismo alemán. Es ese trato tan exclusivo y tan íntimo con el célebre intérprete de la intuición mística, junto al que Saint-Martin mantenía él mismo con el mundo donde se movía, que le inspiró una especie de culto por su propio pensamiento. Humanamente hablando, debemos al menos calificar de orgullo fuera de lo normal la apreciación que hace de ello, o el sentimiento que alberga en cierta medida sobre ese tema. Pero el origen mismo de ese sentimiento, cuyo desafortunado brillo no hemos velado, está hecho para explicarnos la naturaleza verdadera, y para dar un sentido mucho más dulce y más puro a las exageraciones tan extrañas en apariencia que hemos escuchado de parte del místico piadoso.

A este respecto, ¿cuál es la disposición real de su alma?



Escuchándolo en sus acentos líricos, recibió de las gracias superiores, y vio verdades sublimes hasta el punto que queda humillado y confundido ante Dios.

Lejos de enorgullecerle, esos divinos favores pesan pues en su pensamiento, y a la idea de la responsabilidad que le imponen, le gustaría más sepultarse en el amor de Dios que llevar el peso de su justicia. ¿No dijo él mismo que, a menudo, en su sentimiento de respeto por las santas verdades que había recibido, hubiese preferido pasar por un hombre vicioso en vez de ser considerado un ser que había alcanzado ese alto rango? (*Retrato*, 603).

Los favores divinos, los afirma y los adora, pero no presume de ello. Escuchémoslo; es extraño, pero es sincero: «*Salomón dijo que lo había visto todo bajo el sol*. Podría citar a alguien que no mentiría si dijera que había visto algo más, es decir, lo que está por encima del sol, y ese alguien está lejos de vanagloriarse de ello».

La gloria de Saint-Martin, si hay que emplear este término profano, no tiene realmente nada en común con la fama, con la ilustración que resulta de esos trabajos que podemos llamar las creaciones del ingenio. Mantiene, en su opinión, un rango aparte: tiene un depósito sagrado de grandes ideas, de verdades supremas, y una misión fuera de lo común. Pero no es él quien es alguien, o quien crea algo; nada es de él, y el único sentimiento que le conviene «es prosternarse, dijo, de vergüenza y de reconocimiento por la mano misericordiosa que le colma con sus gracias y sus misericordias, pese a sus ingratitudes y sus cobardías».

Éste es su orgullo.

Saint-Martin es además consciente de la equivocación que tuvo expresándose algunas veces como lo hizo. Sabe muy bien que el mundo ignora su humildad y no sospecha la confusión que siente en el fondo de su alma, pero no deja de preocuparse por ello. Sus palabras, llenas de una santa gratitud, no pueden engañar sino a la gente que no conoce nada de los secretos del alma ni de su estado.

«Las mismas personas están indignadas a menudo por mi orgullo, y en la admiración de mi modestia, dijo, lo que siento es más bello que el orgullo».

Debe ser evidente para todo el mundo que el hombre que se sentía hasta ese punto extraño en la tierra donde se encontraba en exilio, no podía querer jactarse de lo efímero de su importancia personal; y Saint-Martin tiene buena fe cuando nos dice que la principal de sus pretensiones era persuadir a los demás de que solo era un pobre pecador.

Sin embargo, si su orgullo se reduce a su gratitud, su gratitud tiene unas palabras sorprendentes y formas propias. Plantea, al menos añade a las palabras *pobre pecador* éstas: «para mí Dios tenía bondades infinitas». Eso huele a favoritismo. Pero nada supera los hechos; Saint-Martin tenía en la vida realmente esa especie de humildad que profesa, y según la cual las tradiciones a las cuales debe la más sincera deferencia, las llevaba impresas en todo su ser. Fue esa inalterable humildad la que inspiró la más alta admiración a la escéptica amiga a la cual ofreció el bonito retrato del que hablé. Sólo que había en esa actitud tan modesta algo que recordaba «la espada al lado» de Enrique IVº; pero esa espada no era en él más que su gratitud entusiasta por las comunicaciones divinas de las que se sentía honrado: su humildad sufría su exaltación mística. Por lo tanto, no son necesarios testimonios externos a este respecto cuando un hombre recto como él escribe esto: «Sin mi gran asunto, hubiera podido ser aún más inútil y más malvado que los demás hombres, habiendo nacido mucho más débil» (*Retrato*, 666).

¿Quién de entre nosotros pondría sobre sí mismo en sus memorias o en su retrato esas palabras: «aún más inútil y más malvado?».

Esa severidad hacia su persona, tanto más grande en cuanto que tiene una opinión más alta de su misión, es también lo que arroja más luz sobre su severidad para con los demás: no es la frialdad que le inspiran, es una profunda compasión, una caritativa ternura, atestiguada por todas las amarguras de un santo dolor. Cuando su rigor golpea a los hombres, no es al individuo, es a la humanidad a la que maltrata. Su pluma se equivoca cuando declama contra el mundo. No distingue los diversos significados de la palabra. El mundo que él entiende es el que es sinónimo del mal. Es el mundo del demonio, no es la sociedad a la que Saint-Martin odia. Su verdadero pensamiento se muestra, pese a la confusión de los términos, en esta confesión: «Aborrezco el espíritu del mundo, y sin embargo me gusta el mundo y la sociedad» (*Retrato*, 776).

El mundo o la sociedad que le gusta ante todo es el gran mundo, es la sociedad elegante, es esa amable y espiritual compañía que llaman la buena. Cuando la buena compañía es espiritual, es su familia. El mundo que aborrece es, como dijo, el espíritu del mundo, es decir, el espíritu humano hasta ese punto absorto en las cosas mundanas o terrestres, que son inaccesibles a los demás; es, en una palabra, ese desolador conjunto de tendencias y aspiraciones egoístas, de vicios y de pasiones, esa sarta de intereses y gozos vulgares al que el Evangelio da por jefe al emblema del vicio absoluto, el príncipe de este mundo. Este mundo, no sólo Saint-Martin lo aborrece con toda la indignación de su bella alma, sino que le es ajeno, lo ignora. Eso es todavía más bello que odiarlo.

Sin embargo, esa ignorancia se la reprocha a sí mismo; le impidió combatir contra los hombres como hubiera debido hacerlo. «Si los escritos que me inspiró mi ternura por los hombres dieron tan pocos frutos, es porque he conocido demasiado poco su manera de ser y la dejadez donde se dejan estancar».

Más tarde conoció mejor a los hombres, los trató más rudamente y se imaginó que era odiado: «No es sorprendente, dijo, que mi oficio de barrendero del templo de la verdad haya levantado las basuras contra mí». Las palabras están vivas, y son poco justas. Saint-Martin jamás conoció ni inspiró otra cosa sino los odios abstractos. Jamás su público, poco numeroso y muy místico, fue su enemigo. Se reprocha una especie de guerra general que habría hecho a todo el mundo. Está equivocado. Puesto que era reformador, hacía falta ejercer el oficio. La guerra que hizo realmente es la gloria de su vida, por los sentimientos que se lo dictaron y por las armas que empleó. ¿Quién es el mortal tan poco eminente, filósofo, moralista, periodista, o muy llanamente honesto hombre, cuya vida no sea la guerra?



Por añadidura, la que el tierno místico cree haber hecho en su época solo hubiera sido muy legítima. Pero incluso Saint-Martin, en un momento de desencanto quizás, nos informa de lo que era, cuando dijo: «solo tengo una única tarea que realizar en el mundo, la de llorar». Ese era realmente el papel al que se resignaba. Pero llorar no es combatir, y su obra no era tan bélica como pensaba. Lo que era real, era su dolor espiritual: es así como llama a su gran compasión por los hombres; pero era un sentimiento tierno y dulce más que violento y amargo. Era una de las glorias de su vida, porque era, a sus ojos, el más real y el más precioso de los tesoros que Dios le hubiese dado. Por lo tanto quería hacerlo valer por todos los medios, lo que debía necesariamente conllevar dificultades. Pero si tuvo que sufrir en ese trabajo «muchas suspensiones, privaciones e incluso tribulaciones», como dice, sin embargo, no encontramos en su carrera ninguna de esas vivas polémicas que son como las compañeras naturales de un gran talento, ni ninguna de esas animadversiones ardientes que denota a veces un gran carácter. Si lloró mucho, eso dependía realmente de su organización muy delicada y muy femenina, tanto quizás como de su misión.

Además, lo que no nos dice, lo alabo por ello, es que nadie en la tierra probó más que él los gozos de la amistad y de sus más vivas ternuras. Por lo tanto, no se desanimará cuando de momento, teniendo en Dios a un poderoso auxilio: «Mi obra tiene su base y su curso en la

divinidad», dijo. Añade, en verdad, que es como «un hombre caído al mar», pero que «tiene en la mano una cuerda atada al barco, siente que pronto va a subir dentro, aunque sea el juguete de las olas que lo inundan y de las olas que, por encima de su cabeza, amenazan tragarlo» (*Retrato*, 362).

A veces se ha reprochado a Saint-Martin que no tuviera ninguna carrera bien marcada en la época en la que él mismo pedía más dedicación. Estamos doblemente equivocados. Es muy cierto que su vida no ofrece una brillante participación en los grandes debates de su época, en las grandes crisis de su país; pero, en primer lugar se interesaba con todas las fuerzas de su alma por las preguntas del momento, por las que fueron planteadas por los cuerpos sabios, por las que ocasionaban los acontecimientos del momento; luego continuaba sin descanso su obra especial, tal y como que la concebía en virtud de todos sus principios.

La regeneración de todos los que nos rodean, como la nuestra propia, he aquí, según él, la obra del hombre (*Retrato*, 795).

Era la suya (*Retrato*, 353). Y nadie fue nunca tan fiel.

Como verdadero teósofo, Saint-Martin no huye ni de las preguntas ni de sus adversarios naturales, ni del mundo; pero hay que decir que de todo eso hizo poco caso en principio. Todos sus apegos humanos los subordinó a sus apegos divinos (*Retrato*, 31).

Sin embargo, nadie sabe amar a los hombres mejor que él, ni más moralmente ni más íntimamente. Es una de sus aficiones constantes el ser mal entendido al principio para hacer que tomen los buenos senderos (*Retrato*, 613).

Hoy, pedimos y llevamos en nuestras relaciones con los hombres una gran apertura. Eso nos resulta fácil con las convicciones suavizadas para este asunto, si las tuviéramos aún más fuertes, apenas lo parecería. Saint-Martin estaba a nuestra altura: supo amar a los hombres distinguidos de todas las tendencias. En los comienzos del siglo pasado se proclamaba poco la tolerancia; se la practicaba algo hacia el final; pero ¿qué es la tolerancia comparada con lo que hace Saint-Martin? Católico muy piadoso, jamás menciona con una sola palabra los matices que diferencian las comuniones cristianas; en su vida, como en sus escritos, no hay más que dos clases de hombres: los que quieren pertenecer a Dios y los que no lo quieren.

Los primeros son sus hermanos, de cualquier nación que sean; los segundos sus enemigos, sea cual sea el nombre que lleven. Ésta es su teoría. Pero busca a Lalande y Voltaire. Proclama que Rousseau es mucho mejor que él. Le gustan todos los que ve. Y ¡menudos afectos los suyos! La amistad es para él de origen y de familia celeste, es la comunión espiritual nacida de la «unión individual con Dios» (*Retrato*, 1137).

He anotado entre las sombras de su vida sus predilecciones femeninas. No quiero hacer desaparecer esa sombra, como se proyecta en la vida de los grandes místicos de todos los

tiempos y de todos los países, llevada y explicada por todas partes por la misma naturaleza de las santas aspiraciones que llenan su alma. Pero, para ser justos para con Saint-Martin, quiero constatar que si sus nobles y santas amigas ocupan un lugar importante en su vida, sus amigos solo ocupan uno pequeño.

La igualdad es proclamada en esa confidencia muy extática: «existen dos personas, de las que una es una mujer, en presencia de quienes he sentido que Dios me amaba» (*Retrato*, 7). Si una era una mujer, la otra era un hombre.

En general, no pretendo borrar todas las sombras de esa vida. Para ser sinceros, hay que dejar las que el teósofo no quitó; pero para seguir siendo sinceros, hay que descartar las que introdujeron una injusta prevención. Además, se encontraban bastantes luces en su interior como para que todas las sombras fuesen suavizadas.

La moralidad es el buen gobierno de uno mismo, y el medio más seguro de gobernarse bien es conocerse bien. Eso implica el arte de observarse consecuentemente y de juzgarse con rectitud, no dejar pasar nada, no sufrir nada en sí que no nos lleve a la vida, a la pureza y a la energía deseadas.



Ese arte completo, que supera todo lo que puede ocupar el pensamiento humano, Saint-Martin lo practicaba con una sinceridad y una constancia dignas de admiración. Observador profundo y fino, le gustaba el bien y se reprochaba sus faltas, no para llorarlas - lo cual es bueno, pero que no hay que prolongar, porque solo es un inicio -, sino para no volver a caer más, lo cual es la enmienda y el triunfo. Este triunfo, Saint-Martin toma el buen camino para conseguirlo. Para ser gobernado bien, se entrega a Dios, y se deja gobernar por él hasta ese punto en que ya no es el hombre quien vive en Dios, sino Dios quien vive en el hombre. Como dijo «sólo triunfa aquél a quien Dios otorga la virtud y la intuición de las cosas divinas, y *cuya virtud es la condición previa*».

Destaquemos ese lugar dejado a la virtud. El moralista racional aspira a vencer al mundo; el moralista místico a ser vencido por Dios; Saint-Martin confiesa con sublime facilidad que tuvo la valentía de dejarse vencer.

«Dije a Dios algunas veces: Lucha contra mí, como el ángel contra Jacob, hasta que te bendiga» (*Retrato*, 955).

¿Quién no siente que es aquí el grito de un alma sincera, seria y realmente avanzada?

Una vez sometido y vencido perfectamente al gobierno de su divino Maestro, a su disciplina, Saint-Martin fue todo suyo, y se encontró tan bien que se atrevió a decir con extraña confianza: «Dije a veces que Dios era mi pasión; hubiera podido decir, con más justicia, que yo era la suya». Ese grito de alegría, que sería un blasfemo si el alma obrara por sí misma, no es más que una de esas santas temeridades que permite la unión mística. Demos un paso más,

puesto que no entenderíamos el verdadero carácter si no fuéramos hasta el final. Añade a esas palabras: «Soy yo quien era la suya, por los cuidados continuos que me prodigó, y por sus tenaces bondades hacia mí pese a todas mis ingratitudes; puesto que si me hubiese tratado como merecía, ni me habría mirado» (*Retrato*, 901).

Y he aquí un argumento que justifica bien, a los ojos de Saint-Martin, la creencia de que es Dios realmente quien opera en sus asuntos:

Un eminente apóstol nos dejó la confesión, que a menudo no hizo el bien, sino más bien hizo el mal que no quería. Saint-Martin, más afortunado, alaba a Dios de lo contrario. «Puesto que es verdad, dijo, que su bondad fue a veces tan grande para conmigo que me hizo el bien cuando yo quería el mal» (*Retrato*, 784).

Ese grado de perfección no es común, creo, incluso en el alto misticismo, y pienso que existen pocas palabras que caracterizan la verdadera moralidad de Saint-Martin mejor que las palabras que acaba de decirnos.

Hay que añadir a estos rasgos generales que su vida ofrece en un grado que no aparece en todos los siglos, las virtudes singulares que se desprenden de sí mismas, puras y vivas, de una fuente así purificada, de un alma entregada por completo a Dios, y cuyas bellas facultades, las grandes aspiraciones, disciplinadas y sumisas a la acción divina, van todas hacia la misma finalidad. No hay nada más imponente a la vez y más suave que la vida de un hombre así animado por una especie de radiación divina: todo en él es templanza y moderación, calma y serenidad; la vigilancia es sin esfuerzo, y el recogimiento lleno de dulzuras; la austeridad más seria no excluye las alegrías, incluso burlonas a veces y de buen grado epigramáticas; la palabra, siempre original, a menudo elocuente, sirve constantemente a la misma causa que los afectos y el pensamiento; el pensamiento, extraño a los intereses vulgares y a las comunes preocupaciones, siempre alto, queda fácilmente sublime; los afectos íntimos, tiernos y fervientes, se concentran todos en uno único, que es supremo y los absorbe a todos; los prejuicios de casta y las prevenciones de religión no encuentran más cabida que las intrigas de la ambición o las pasiones del desorden; incluso el entusiasmo que reina siempre no puede perturbar esa paz constante que la opinión relega a menudo en el país de las quimeras de la filosofía. En una palabra, el retrato de Saint-Martin que tengo ante los ojos me parece que responde, como su vida y sus escritos, a la fidelidad de este esbozo.

Parecida paz es rara como tal vida; no les cayó en suerte en ese grado a los más religiosos contemporáneos del filósofo, a los que mi pensamiento comparó a menudo con él. En ese punto, los superó a todos. Si aspiraron también al mismo grado de fe o de certeza por todas las luces concedidas a la humanidad, ninguno de ellos consiguió la misma seguridad.

Su seguridad no es un himno de júbilo, sino un verdadero *Te Deum* de la paz.

«Sentí que nací para la paz y la felicidad, y he tenido tantas experiencias frecuentes que, incluso en este mundo, como si estuviera rodeado de un lugar de reposo, he tenido la presunción de creer que en todos los lugares donde viviría, jamás ocurrirían tan grandes trastornos ni tantas grandes desgracias. Eso se comprobó en mi caso no sólo en varias épocas de mi juventud, sino también en mi edad avanzada, durante la revolución francesa. Escribí esto en el año IV de la libertad, el 25 de julio de 1792. Hasta este momento, no he sido testigo de ninguno de los desastres que asolaron mi patria en esta circunstancia, aunque no haya querido dejar el reino, a pesar de las invitaciones que me fueron dirigidas, especialmente por la señora de Rosenberg, quien quería llevarme con ella a Venecia. Atravesé además tres veces casi todo el reino durante esos tiempos tormentosos, y encontré la paz allá donde estuve (excepto en la aventura del Campo de Marzo del verano de 1791, durante la cual estaba en París). Todo eso me hace creer que, sin verme como una protección para mi país, será, sin embargo, salvado de grandes males y de desastres absolutos mientras viva; no, como acabo de decir, porque me crea una protección, sino porque creo que me preservan a mí mismo, dado que saben cuánto quiero la paz, cuánto deseo el avance del reino de mi Dios».

Lo que daba a Saint-Martin una paz tan completa era su perfecto desapego de sí mismo. Sólo tenía apego a Dios. Y Dios, nos dice, se encargaba de su alma; «él podía tomarla en el momento que le agradara, y eso no mañana, sino en este mismo momento» (*Retrato*, 821).

Nadie está tan preparado como él sin estarlo demasiado. Saint-Martin tenía nostalgia por su país, en exceso, incluso para un místico, hasta el punto que al ver la naturaleza más hermosa decorada con todos sus atractivos y llena de recogimiento, la de Aunay por ejemplo, derramaba «lágrimas, lo mismo que los ancianos de Israel, quienes habían conocido el antiguo templo, al ver el nuevo» (*Retrato*, 1106).

¿Cómo no llorar al estar lejos de Dios, cuando el alma está, en ese mismo instante unida con Dios y Dios unido con el alma hasta el punto de que «no podría rechazarla sin rechazarse a sí mismo?» (*Retrato*, 232, 290).

Saint-Martin pensaba en serio que Dios solo podía recibirlo bien, porque, al fin y al cabo, aún encontraría en él algo *para consolarse* (*Retrato*, 799).

La expresión digamos que sería atrevida, sería intolerable en otra boca. Se entiende perfectamente y es muy sensata en boca de Saint-Martin. Pero, no vayamos a leer mal poniendo *contentar* en lugar de consolar; la escritura se niega a ello y el tacto del autor también. En efecto, no tiene la pretensión de *contentar a* Dios; pero tiene la certeza de que, pese a todos los dolores que su vida ha podido causar a su divino Maestro que lloró sobre Jerusalén, quedará en él, sin embargo, algo para consolar sus aflicciones paternales respecto a todas las infidelidades de su hijo.

He aquí, además, la traducción muy fiel y regular que Saint-Martin mismo hace de la expresión tan atrevida sobre el primer aspecto de sus sentimientos y de sus esperanzas supremas: «El

18 de enero de 1803 cumplo sesenta años y se me abre un nuevo mundo. Mis esperanzas espirituales solo van creciendo, estoy avanzando hacia los mayores gozos... que ¿deben colmar las alegrías que acompañaron mi existencia constantemente en este mundo?» (*Retrato*, 1092).

Así la muerte debe colmar sus alegrías. ¡Feliz mortal, el mundo no ha sido pues para ti el valle de lágrimas de los poetas y predicadores! Tus llantos fueron alegrías. Fuiste a menudo el Jeremías de las lágrimas, jamás el de la desolación.

Y de hecho, no hay nada más feliz que la vida de Saint-Martin, quien pudo felicitarse hacia su término de «solo haber tenido una única idea, un único afecto, del que todos los demás recibían el permiso para ser» y al que aplicaba literalmente estas bonitas palabras: «Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno». Saint-Martin, huésped de la duquesa de Bourbon y amigo del príncipe de Montbarey, solo aportaba a esta promesa divina esta variante espiritual: «que en lugar de la hacienda abandonada para el servicio de Dios, le había sido concedido vivir en palacios».





# EL GERMEN DIVINO

**-Comentarios a *El Hombre de Deseo*, de Saint-Martin-**

**Por Sâr Amorifer, P.I.**

***"Sé eternamente bendita, fuente inmortal de todo cuanto existe; sólo en ti está el ser y la vida, sólo en ti la expansión de la alegría y de la felicidad de toda criatura. Fuera de ti, nada puede existir…"*** [H.D. 46].

***"Corramos como el ciervo sediento, hasta que encontremos la fuente de las aguas vivas. Unámonos a la vida y nunca nos separemos de ella"*** [H.D. 49].

De esta fuente eterna *"que vive por los siglos de los siglos"* (Ap. 4:9 y 10:6, Dan. 12:7), Dios, en su misterio, mana el *"agua viva"* (Jn. 7:38) que nutre toda existencia. Aún a pesar de las tinieblas que cubren al ser caído, en la profundidad de sus entrañas se deja sentir al alma atenta que dócilmente la presiente: *"Ella es regular, tranquila, siempre creciente, porque es la vida que bebe de la vida, y es reproducida por la vida"* [H.D. 49]. Así se refiere a ella San Juan de la Cruz en uno de sus poemas: *"¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,/ aunque es de noche!/…/ Su origen no lo sé, pues no lo tiene,/ más sé que todo origen de ella viene,/ aunque es de noche"*[2]. Esta certeza surge de la presencia espiritual que le sorprende dulce y suavemente con sus dones, a pesar de las fatigas de la noche: *"He ahí una chispa del fuego que brillaba en un tiempo del que no tienes ningún recuerdo. […] Es un germen de las plantas que se desarrollarán en el campo de los seres, donde naciste"* [H.D. 47]. Germen delicado que hemos de observar y cultivar, darle la atención que merece como si fuese un hijo amado que desconociendo los peligros que le rodean, reclama toda nuestra atención: *"En lugar de dejar perecer ese germen, comenzad por cultivarlo, plantarlo, cuidarlo, regarlo"* [H.D. 47]. Saint-Martin nos invita a convertirnos en agricultores celestes, a preparar la tierra, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro templo, para que la semilla santa se alimente correctamente, de tal forma que en su desarrollo vuelvan a florecer las facultades divinas que ensombreció la densidad de la materia.

*"Del grano de mostaza nace el árbol de la mostaza, de la semilla del hombre nace el hijo del hombre y de la semilla de Dios nace el hijo de Dios. La semilla Santa es la semilla de Dios, cuya descendencia está «separada» del mundo profano, que es el mundo de la muerte"*[3]. Hemos de discernir con claridad lo que por su naturaleza es perecedero en el hombre, y en todas las cosas, de lo que es indestructible, y a no confundirlo jamás, pues la materia es totalmente nula cuando se la separa del principio de vida que la hace existir y el hombre, al finalizar su viaje en la región terrestre, se despoja de todo lo que es extraño a su verdadera naturaleza espiritual, la cual está destinada a volver de nuevo a su fuente primera si lo ha merecido. *"La semilla verdadera - escribe E. d´ Hooghvorst - en la tierra verdadera, este es todo el arte de la*

[2] Cantar del Alma que se huelga (se goza) de conocer a Dios por la fe. Escritos Breves. San Juan de la Cruz.
[3] La Semilla Santa. R. Arola.

*Alquimia"*[4]. Es la generación de los hijos de Dios, de la que dice San Juan (1:13): *"los que no han nacido de la sangre ni del deseo de la carne ni del deseo del varón, sino de Dios"*.

Debemos preparar la tierra: *"Para que el alma sea habitación del Rey celestial, es necesario que esté limpia, sin género de mancha"*[5]. Esta es la labor del buen agricultor, pues como decía Pico de la Mirándola, *"El pecado de Adán fue la destrucción del reino por parte de las demás plantas"*[6]. Vamos a eliminar, pues, la mala hierba y abonemos nuestra tierra con la virtud: *"…cada virtud está ligada a uno de los canales del espíritu, y solamente la virtud puede hacerlos abrir"* [H.D. 42]. El hombre que no apague en el fondo de su alma el germen del bien que lo une a su ser primordial podrá salir del profundo letargo en que se encuentra y renacer a la virtud, pero *"No es suficiente impedir que las tinieblas ofusquen la luz; es necesario que le abras el camino"* [H.D. 42]. Dilatemos las venas del espíritu y *"El óleo de la alegría circulará en el corazón humano"* [H.D. 42]. Sólo la virtud hace al hombre superior en todos los acontecimientos de la vida purgando su alma de los vicios, pasiones y prejuicios mundanos que oscurecen su inteligencia y le privan de la gracia divina.

Nuestro V. Maestro nos traza el itinerario con detalle: *"La meditación de las leyes del Señor conduce a las virtudes, las virtudes conducen al espíritu, el espíritu conduce a Dios…"* [H.D. 42] ¿Por qué el hombre se extravía con tanta facilidad? *"Hombre, no hagas más movimientos tan grandes por motivos tan pequeños, como haces todos los días. ¡Ruborízate, al contrario, por tener cerca de ti motivos tan grandes que solo producen de tu parte movimientos tan pequeños!"* [H.D. 41]. He aquí un gran obstáculo, que nuestro movimiento suele ser hacia afuera y hacia abajo (deseo de nuestra naturaleza animal), hacia el reino de los muertos, y poco o nada solemos hacer hacia adentro y hacia arriba (deseo de nuestra naturaleza espiritual), en busca de esa luz que está deseando iluminarnos: *"El espíritu del Señor se mueve en todos los sentidos, lucha hasta encontrar una solución y poder entrar en el corazón humano"* [H.D. 45]. *"La verdad de Dios corre al encuentro del que la busca con un corazón humilde y purificado. / Pero huye de los que creen poderla violentar, se esconde de los que la desdeñan y abandona a los que la perjudican"*[7]. Tan cerca de nosotros, y cuánto empeño ponemos en alejarla.

El Martinismo trabaja la vía cardiaca, la vía que opera a través del corazón. Este órgano carnal llamado corazón *"parece simbolizar el receptáculo de lo que es más esencial en cada ser: en él está encerrada nuestra herencia adámica transmitida de padres a hijos, el Dios escondido en el hombre, el recuerdo de la Unidad Primordial, la raíz de la que brotará la regeneración del hombre, en definitiva, el recuerdo del que hablan todas las tradiciones"*[8]. Es aquí donde se halla depositada esa semilla santa, ese germen divino, al cual Saint-Martin recurre para advertir al hombre que no se halla solo, que no está abandonado: *"¿Pero no es suficiente poseer la semilla, para no decir que estáis absolutamente sin socorro?"* [H.D. 47]. *"No digáis*

---

[4] *Ensayo sobre el Arte de la Alquimia*, Ed. 7 y medio, Barcelona, 1980, pag. 38.
[5] Guía Espiritual. Miguel de Molinos. Ed. Nacional, Madrid, 1.977, pág. 110.
[6] Conclusiones mágicas y cabalísticas (47-4), Ed. Obelisco, Barcelona, 1.982, pág. 51.
[7] El Mensaje Reencontrado (XXXI-12 y 12'). Louis Cattiaux. Ed. Sirio, 1.987. Pág. 310.
[8] Acerca del Corazón. R. Arola, L. Montblanch.

*más, por tanto, que la historia antigua de vuestro ser os dejó sin indicios y sin monumentos, pues con el único germen que os transmitió podéis hacerla revivir íntegramente"* [H.D. 47].

*"Por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brota la vida"* (Prov. 4:23). He aquí la clave de la rectificación, de la purificación progresiva que nos conduce a la luz del día: *"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"* (Mateo 5:8). Unámonos, pues, a la petición del salmista: *"Crea en mí, Dios, un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme"* (Sal. 51:12). *"Una vez abierto y limpio de la mugre que arrastró consigo en la caída, el corazón es capaz de germinar bajo el influjo divino y dar el fruto de inmortalidad, convirtiéndose en el Símbolo del Ser Vivo por excelencia así como de la fuente de la que mana la vida sobre la Tierra"*[9]. *"Sólo por intermedio del corazón del hombre puede la verdad manifestarse en el mundo, a través de él desea establecer su dominio"* [H.D. 42]. *"Que el hombre elemental transmita, a su alrededor y a toda la naturaleza, la rectitud y la justicia. Es así como la vida procura sólo penetrar en todo y vivificarlo"* [H.D. 44].

Toda planta, todo ser vivo, necesita alimentarse. ¿Qué alimento daremos a nuestro germen para que pueda fortalecerse, crecer y dar frutos? Esto es lo que nos dice San Pedro (I; 1:22-25): *"Purificad vuestras conciencias sometiéndoos a la verdad y amad a los hermanos sin fingimiento, de corazón; amaos intensamente unos a otros, pues habéis sido regenerados, no de semilla corruptible, sino por la palabra incorruptible y permanente del Dios vivo. Pues toda carne es hierba y su belleza como flor del campo; se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la palabra del Señor permanece siempre. Esa palabra es la buena noticia que se os ha anunciado"*.

Para amar a los hermanos sin fingimiento es necesario el perdón, por ello Saint-Martin nos recuerda: *"Perdonarás a tu hermano, no solamente siete veces, sino setenta veces siete veces"*. [H.D. 41]. Cuando existe el amor verdadero existe el perdón verdadero y viceversa. *"Así cada miembro de la familia humana habría podido dar y recibir, y de esa forma se habría realizado entre ellos el gran intercambio de la caridad y de la humildad"* [H.D. 42]. *"Un día vendrá en que todas las disparidades y oposiciones humanas desaparecerán; en que la unidad conciliará a todos los hombres, y ellos ni siquiera recordarán que estuvieron desunidos"* [H.D. 45].

*"…la palabra incorruptible y permanente del Dios vivo"* ya fue anunciada a través del Cristo. *"Nos dijeron que sería anunciada por todas partes"* [la buena nueva] [H.D. 41]; *"A fin de que todas las naciones sepan que la misericordia y el amor son nuestro principio original y deben ser nuestros elementos continuos"* [H.D. 41]. Si la ley divina fue conocida por la Antigua Alianza del Señor con el pueblo de Israel en el monte Sinaí, Cristo trae *"la misericordia y el amor"*, pues *"El fuego del amor es lo que fecunda el corazón depurado y lo multiplica en la gloria de Dios"*[10]. Esta es la llave secreta que permite la apertura de nuestro *sensorium*[11] interior y espiritual preparando a nuestro corazón para ser susceptible de recibir a Dios.

[9] Acerca del Corazón. R. Arola, L. Montblanch.
[10] El Mensaje Reencontrado (XXII-58). Louis Cattiaux. Ed. Sirio, 1.987. Pág. 235.
[11] La Nube sobre el Santuario (carta primera). K. von Eckhartshausen.

*“La palabra del Señor separó lo puro de lo impuro, la luz de las tinieblas. Está siempre viva y poderosa. Puede continuamente repetir en nosotros todas sus obras. Que se haga oír, y la luz nos invadirá y abrasará”* [H.D. 42].

Esta Palabra es una potencia activa que existe desde el Principio, es la acción y la presencia divina manifestándose. San Juan nos dice acerca de la Palabra primigenia (1:4-5): *“En ella había vida, y la vida era la luz de los hombres; la luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron”*. Saint-Martin nos explica de este modo el descenso de la acción de la Palabra (del Verbo) en el hombre y a través de él a toda la naturaleza: *“El nombre salió de la vida, y engendró la palabra. Que la vida, el nombre y la palabra inciten al alma humana para andar en su camino y dirigir sus pasos hacia el término y hacia la obra. Que la inteligencia, el amor y la acción viva del alma humana impulsen, a su vez, el centro donde reposa, para contribuir a la obra con ella. Que este lugar donde reposa transmita la fuerza y la pureza a todos los actos del hombre elemental. Que el hombre elemental transmita, a su alrededor y a toda la naturaleza, la rectitud y la justicia. Es así como la vida procura sólo penetrar en todo y vivificarlo. En cada uno de los grados que recorre en el hombre, deposita un extracto de sí misma, donde brillan simultáneamente la vida, el nombre y la palabra”* [H.D. 44].

El nombre forma parte de la esencia de lo nombrado, ese nombre primordial es esa nota vibrante que produjo un sonido creativo en medio de la vida. Así reveló Dios a Moisés su nombre, y con él su naturaleza y poder: *“Soy el que soy”* (Éx. 3:14). Lo que es, lo que siempre ha sido y será, manifestó su acción divina en un acto creativo a través del Verbo, de la Palabra, y es así como Dios emana de sí mismo los seres creados: *“Dijo Dios…”* (Gén. 1:3) y vino a existir. *“Por la palabra del Señor se hizo el cielo, por el aliento de su boca sus ejércitos”* (Sal. 33:6). *“Porque él lo dijo, y existió”* (Sal. 33:9).

La Palabra de Dios es alimento espiritual para los hombres, pues “el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios” (Dt. 8:3). Nos dice San Pablo (Heb. 1:1-3): *“Muchas veces y de muchas formas habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien creó el universo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser, y sustenta todo con su palabra poderosa”*. He aquí *“la inteligencia, el amor y la acción viva”* sobre la cual se ha de impulsar el centro del alma humana, su verdadero centro, contribuyendo así a la obra que le está encomendada. Es bajo este impulso que el hombre elemental puede transmitir a su entorno natural la rectitud y la justicia, porque está llamado a *“emplear días eternos de paz en administrar las leyes divinas entre la inmensidad de los seres y gozar para siempre del derecho inefable de nutrirse de la mesa del Santuario”* [H.D. 46].

*“El nombre es dirigido por la vida, la palabra es dirigida por el nombre, el alma humana es dirigida por la palabra”* [H.D. 44]. Pensamiento, palabra y acción. Pensamiento puro, palabra verdadera y acción justa: *“Es que si llega a regenerarse en su pensamiento [el hombre], lo hace pronto también en su palabra, que es como la carne y la sangre del pensamiento y, cuando se*

*ha regenerado en esta palabra, lo hace pronto también en la obra, que es la carne y la sangre de la palabra"*[12].

Habiendo recibido y canalizado la luz espiritual que viene de la gloria divina, y habiendo esta regenerado al ser desde la raíz, se produce la regeneración de todo lo creado que toma conciencia de su origen en sentido contrario restableciendo la unidad de la creación:

*"Cada individuo formaba un centro, donde se reflejaban todos los puntos de su esfera individual. Esos individuos no eran, ellos mismos, más que los puntos de las esferas particulares que componen su clase y su especie, y que son igualmente dirigidas por un centro. Éstas tenían su centro, a su vez, en los diferentes reinos de la naturaleza. Esos reinos tenían el suyo en las grandes regiones del universo. Esas grandes regiones correspondían a centros activos y dotados de una vida inextinguible, y éstos tenían por centro el primero y único móvil de todo cuanto existe. Así, todo es individual y, sin embargo, todo es uno…"* [H.D. 46].

Saint-Martin denomina a esto *"Ley de tendencia a la Unidad"*, de la cual *"se desprende que el más pequeño de los individuos tiene la misma meta en su especie: es decir, que los principios universales, generales y particulares se manifiestan cada uno en las producciones que le son propias, a fin de hacer, de este modo, sus virtudes visibles a los seres distintos de ellos, los cuales, estando destinados a recibir la comunicación y el auxilio de las virtudes, no lo podrían sin este medio. Así, todas las producciones, todos los individuos de la Creación general y particular, no son, cada uno en su especie, sino la expresión visible, el cuadro representativo de las propiedades del Principio, sea general, sea particular, que actúa en ellos. Todos deben llevar en ellos las marcas evidentes de este Principio que los constituye"*[13].

*"¿Cuál es entonces ese ser inmenso que desde su centro impenetrable ve todos los seres, los astros, el universo entero, formar solamente un punto de su inconmensurable esfera?"* [H.D. 46].

*"Este principio supremo, fuente de todas las potencias, tanto las que vivifican el pensamiento en el hombre como las que engendran las obras invisibles de la naturaleza material, este ser necesario a todos los demás seres, germen de todas las existencias: este punto final hacia el cual tienden, como en un esfuerzo irresistible, porque todas buscan la vida, este ser, digo, es aquél al que los hombres llaman generalmente Dios"*[14]. He aquí la *"fuente inmortal de todo cuanto existe"*, la *"fuente de las aguas vivas"* de la que el hombre dejó de beber por su muerte espiritual y a la que nuevamente le conducirá el Cristo a través de su resurrección gloriosa. Su presencia en el corazón del hombre caído es la semilla santa, el germen divino del que nacen los hijos de Dios.

[12] El Hombre Nuevo, epígrafe 4. Saint-Martin.
[13] Cuadro Natural. Louis-Claude de Saint-Martin.
[14] Cuadro Natural. Louis-Claude de Saint-Martin.






***"EN EL INTERIOR DEL CORAZÓN, CUANDO ESTE SE LIBERA POCO A POCO DE LAS TINIEBLAS, APARECE ENTONCES UNA LUZ SECRETA, LA LUZ QUE EL MUNDO NO VE, PUES, COMO DICE SAN JUAN: "EL QUE ESTÁ EN VOSOTROS ES MÁS GRANDE QUE EL QUE ESTÁ EN EL MUNDO" (1ª JUAN 4:4).***

***LA LUZ QUE BRILLA EN ESTA ESTANCIA DEL CORAZÓN, EL "SANTO PALACIO", EL LUGAR DEL "PERFECTO SILENCIO", CONFIERE A ESTE "CENTRO" ESPIRITUAL UNA IMPORTANCIA EXTREMA, HACIENDO DE ESTE TABERNÁCULO INTERIOR, QUE SE ENCUENTRA AL ORIENTE DEL HOMBRE, ALLÁ DONDE ESTÁ SU CORAZÓN, DONDE LA LUZ TIENE SU MORADA, LA VERDADERA Y AUTÉNTICA TIERRA SANTA SECRETA, EL SANTUARIO INTERIOR QUE ES EL CRISOL DE NUESTRA REINTEGRACIÓN POR VENIR, CUANDO HAYAMOS ABANDONADO LAS COSAS TERRESTRES, EN EL SENO DE NUESTRA VERDADERA NATURALEZA, ESTADO PRIMERO Y ORIGINAL AL QUE RETORNAREMOS CUANDO, NACIENDO A LA "GRAN LUZ", SE DESGARRE EL VELO DE LA MATERIA COMO SE DESGARRÓ DESDE LO ALTO HASTA LO BAJO EL VELO DEL TEMPLO DE JERUSALÉN".***

***Jean-Marc Vivenza, "La Clave de Oro" y otros escritos masónicos.***

***"Y HE AQUÍ ESTA BRILLANTE LUZ QUE EL HOMBRE PUEDE HACER ESTALLAR DENTRO DE SÍ MISMO, PORQUE ES LA PALABRA DE TODOS LOS ENIGMAS, LA LLAVE DE TODAS LAS RELIGIONES, Y LA EXPLICACIÓN DE TODOS LOS MISTERIOS. PERO, ¡OH HOMBRE!, CUANDO LLEGUES A ESTE FELIZ TÉRMINO, SI ERES SABIO, GUARDARÁS TU CIENCIA EN TU CORAZÓN".***

***Louis-Claude de Saint-Martin, Cuadro Natural, XX.***

**G.E.I.M.M.E.**

*Grupo de Estudios e Investigaciones Martinistas & Martinezistas de España*

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/

geimme@movistar.es